



Dana Hart

www.danahartescritora.com



Dana Hart

www.danahartescritora.com

EN LA PIEL REBELDE DE
CARMEN SERRANO



EN LA PIEL REBELDE DE
CARMEN SERRANO



Ser un hombre

El recuerdo de Lota me abraza de día y me inunda de noche. Es parte de las contradicciones que trae aparejadas la vida. Me gustaba contribuir a las luchas. Tenía el instinto de aportar en las batallas y lo hacía de múltiples maneras, siempre buscando el cómo, siempre buscando el lugar. No lo entendían así todos los obreros. A veces ellos me miraban como si fuese yo un obstáculo, un bicho raro que tenían que aplastar, antes de que alguien se diera cuenta de que no estaban siendo lo suficientemente agitadores de masas. Sobre todo los activos militantes del Partido Comunista, a quienes más les inquietaba mi presencia, les incomodaba. No puedo culparlos. Yo los miraba como si los cuestionara con la sola expresión. Mis gestos ya les parecían hostiles.

Rodeaba el año 1920. Es sorprendente como ciertas fechas se quedan grabadas en la retina, memorizadas, para la supervivencia. Nadie olvidó 1920. Nadie que pasó por él y sobrevivió. Todavía me veo a mi misma vestida con terno y corbata, camisa blanca y el pelo cortado por la línea de la pera, para que creyeran que era hombre, los muy huevones. Y se lo creían, siempre y a cada rato. Tenía que engruesar la voz y disimular mis curvaturas. Si alguien se daba cuenta, no me decían nada. Era la única manera de intervenir que tenía, si yo les hubiese dicho el secreto o peor aún, si ellos lo hubiesen descubierto, enseguida me tiraban para afuera. Es sabido que en la mina no pueden entrar las mujeres, tienen una montonera de supersticiones al respecto, igual que para los barcos u otros espacios en los que pretendan a toda marcha, dejarnos afuera.

2

Ser un hombre

El recuerdo de Lota me abraza de día y me inunda de noche. Es parte de las contradicciones que trae aparejadas la vida. Me gustaba contribuir a las luchas. Tenía el instinto de aportar en las batallas y lo hacía de múltiples maneras, siempre buscando el cómo, siempre buscando el lugar. No lo entendían así todos los obreros. A veces ellos me miraban como si fuese yo un obstáculo, un bicho raro que tenían que aplastar, antes de que alguien se diera cuenta de que no estaban siendo lo suficientemente agitadores de masas. Sobre todo los activos militantes del Partido Comunista, a quienes más les inquietaba mi presencia, les incomodaba. No puedo culparlos. Yo los miraba como si los cuestionara con la sola expresión. Mis gestos ya les parecían hostiles.

Rodeaba el año 1920. Es sorprendente como ciertas fechas se quedan grabadas en la retina, memorizadas, para la supervivencia. Nadie olvidó 1920. Nadie que pasó por él y sobrevivió. Todavía me veo a mi misma vestida con terno y corbata, camisa blanca y el pelo cortado por la línea de la pera, para que creyeran que era hombre, los muy huevones. Y se lo creían, siempre y a cada rato. Tenía que engruesar la voz y disimular mis curvaturas. Si alguien se daba cuenta, no me decían nada. Era la única manera de intervenir que tenía, si yo les hubiese dicho el secreto o peor aún, si ellos lo hubiesen descubierto, enseguida me tiraban para afuera. Es sabido que en la mina no pueden entrar las mujeres, tienen una montonera de supersticiones al respecto, igual que para los barcos u otros espacios en los que pretendan a toda marcha, dejarnos afuera.

2



Fuente Historiográfica: M. Lagos Mieres
Ilustraciones: Bellsan

11



Fuente Historiográfica: M. Lagos Mieres
Ilustraciones: Bellsan

11



10



3

No podía estar afuera. No podía ni quería. Afuera o adentro, depende la óptica, encerrada en algún hogar, enclaustrada, cocinando pan en el horno, sacudiendo almohadones. La vida privada nunca fue lo mío. Prefería calzarme un terno y salir a andar, igual que ellos, sin el cuestionamiento de nadie. Claro que no todo es proeza, los vi pasarlo bastante mal, arañar paredes para tener una moneda que les otorgara el alimento.

Cuando se declaró la huelga, me aseguré de estar adentro. Llevaba y traía noticias, como una paloma mensajera. Si el movimiento había tenido repercusiones, o alguien se había tomado una carretera o puente, me encargaba personalmente de que los huelguistas lo supieran, así fortalecer el ánimo, la moral, que es la marca del triunfo. No fue fácil.

No es fácil para nadie, pero espero haber hecho un aporte, y que todo ese esfuerzo y dedicación valieran la pena, aunque ninguno de ellos recuerde mi nombre, ni mi aspecto real, ni conozca quién fue, qué hice o qué pretendía. Se dice que todo esfuerzo tiene su recompensa, yo creo que la redención no tiene nombre.

Delfina González

Casi nunca estaba sola. Eso seguro. Siempre se me presentaba en el camino, como una aparición, igual que un enigma que debía resolver, mi íntima amiga Delfina. Ella tenía la mirada rozagante, era una mujer de contextura ancha, fornida y al mismo tiempo formidable.



10



3

No podía estar afuera. No podía ni quería. Afuera o adentro, depende la óptica, encerrada en algún hogar, enclaustrada, cocinando pan en el horno, sacudiendo almohadones. La vida privada nunca fue lo mío. Prefería calzarme un terno y salir a andar, igual que ellos, sin el cuestionamiento de nadie. Claro que no todo es proeza, los vi pasarlo bastante mal, arañar paredes para tener una moneda que les otorgara el alimento.

Cuando se declaró la huelga, me aseguré de estar adentro. Llevaba y traía noticias, como una paloma mensajera. Si el movimiento había tenido repercusiones, o alguien se había tomado una carretera o puente, me encargaba personalmente de que los huelguistas lo supieran, así fortalecer el ánimo, la moral, que es la marca del triunfo. No fue fácil.

No es fácil para nadie, pero espero haber hecho un aporte, y que todo ese esfuerzo y dedicación valieran la pena, aunque ninguno de ellos recuerde mi nombre, ni mi aspecto real, ni conozca quién fue, qué hice o qué pretendía. Se dice que todo esfuerzo tiene su recompensa, yo creo que la redención no tiene nombre.

Delfina González

Casi nunca estaba sola. Eso seguro. Siempre se me presentaba en el camino, como una aparición, igual que un enigma que debía resolver, mi íntima amiga Delfina. Ella tenía la mirada rozagante, era una mujer de contextura ancha, fornida y al mismo tiempo formidable.

Cuando te miraba, confiabas en ella, daba la impresión de ser la reina de un reino que no existió nunca, pero que fue próspero y diverso.

Antes de cada asamblea, nos juntábamos a preparar qué íbamos a decir. Era lo que se llamaba, una camarilla progresiva. Porque enfrente siempre teníamos hombres, muchos, varios, que nos daban cara, en diferentes materias. Pero ella y yo hacíamos una dupla excepcional. Juntas éramos dinamita, eso también se dice mucho.

Una vez que estábamos en la asamblea, ardíamos. Nos gustaba hacer discursos y sentir que nos estaban, por fin, escuchando. Porque ser mujer es una dificultad. Ellos no te dejan hablar, cuesta pedir la palabra, porque cuesta lograr que se queden callados, que pongan atención. Cuando un hombre habla, todos callan. Pero cuando una mujer habla, queda siempre un murmullo, un ruido sordo que promete ser una falta de respeto.

A nosotras nos gustaba encender el ánimo. Éramos un par de fósforos, siempre listas, dispuestas a decir verdades, de una manera, que les diera ganas de salir y romper todo. Así planteábamos el punto de vista de las mujeres, a los hombres, que con murmullo y todo, nos miraban y escuchaban lo que teníamos para decir. Y teníamos mucho para decir, demasiado. Parecía que nos habían cerrado la boca durante tanto tiempo, que nos convirtieron en calderas hirviendo, reventadas de vapor, exaltadas, peligrosas.

4

Cuando te miraba, confiabas en ella, daba la impresión de ser la reina de un reino que no existió nunca, pero que fue próspero y diverso.

Antes de cada asamblea, nos juntábamos a preparar qué íbamos a decir. Era lo que se llamaba, una camarilla progresiva. Porque enfrente siempre teníamos hombres, muchos, varios, que nos daban cara, en diferentes materias. Pero ella y yo hacíamos una dupla excepcional. Juntas éramos dinamita, eso también se dice mucho.

Una vez que estábamos en la asamblea, ardíamos. Nos gustaba hacer discursos y sentir que nos estaban, por fin, escuchando. Porque ser mujer es una dificultad. Ellos no te dejan hablar, cuesta pedir la palabra, porque cuesta lograr que se queden callados, que pongan atención. Cuando un hombre habla, todos callan. Pero cuando una mujer habla, queda siempre un murmullo, un ruido sordo que promete ser una falta de respeto.

A nosotras nos gustaba encender el ánimo. Éramos un par de fósforos, siempre listas, dispuestas a decir verdades, de una manera, que les diera ganas de salir y romper todo. Así planteábamos el punto de vista de las mujeres, a los hombres, que con murmullo y todo, nos miraban y escuchaban lo que teníamos para decir. Y teníamos mucho para decir, demasiado. Parecía que nos habían cerrado la boca durante tanto tiempo, que nos convirtieron en calderas hirviendo, reventadas de vapor, exaltadas, peligrosas.

4

La verdad es que no lo hice. La empresa me tenía miedo por otras cosas, por mis palabras, palabras que entraban por los oídos de los obreros y se quedaban instaladas adentro, para el resto de sus días. Tenía yo esa capacidad. Y eso daba más miedo que la dinamita.

La misma compañía ofreció dinero por mi cabeza. Pero mi cabeza no podía tener precio.

Me condenaron, estuve encarcelada, en terribles condiciones, había que dormir en un suelo duro hecho de piedra. Esos días deterioraron mi salud, pese a que seguí mi actividad, escribiendo, tras las rejas. Hasta tuve un funeral. Fue en una sociedad de carpinteros, ellos mismos hicieron el altar, con terminaciones tan delicadas, que la gente se detenía a observarlo. Estuve muerta mucho tiempo, años. Pero ese fue otro disfraz que hice para escaparme de todo.

“Decidles que vengan a luchar con nosotros por las reivindicaciones proletarias; decidles que no tenemos más Dios que la sabia naturaleza, ni más patria que el Universo”.¹



9

La verdad es que no lo hice. La empresa me tenía miedo por otras cosas, por mis palabras, palabras que entraban por los oídos de los obreros y se quedaban instaladas adentro, para el resto de sus días. Tenía yo esa capacidad. Y eso daba más miedo que la dinamita.

La misma compañía ofreció dinero por mi cabeza. Pero mi cabeza no podía tener precio.

Me condenaron, estuve encarcelada, en terribles condiciones, había que dormir en un suelo duro hecho de piedra. Esos días deterioraron mi salud, pese a que seguí mi actividad, escribiendo, tras las rejas. Hasta tuve un funeral. Fue en una sociedad de carpinteros, ellos mismos hicieron el altar, con terminaciones tan delicadas, que la gente se detenía a observarlo. Estuve muerta mucho tiempo, años. Pero ese fue otro disfraz que hice para escaparme de todo.

“Decidles que vengan a luchar con nosotros por las reivindicaciones proletarias; decidles que no tenemos más Dios que la sabia naturaleza, ni más patria que el Universo”.¹



9

Su cara era como la imagen del “hombre que ríe” de Víctor Hugo, igual que un rostro secreto que se burlaba de mí, en las verdades ocultas de su cuerpo. El amor es la segunda mentira más grande, después de la creencia en Dios.

Así me fui haciendo cada vez más discreta. No estoy hecha para la cima, prefiero sumergirme entre las profundidades.

Mis huellas en la arena

Otra vuelta me tuve que esconder en la arena, horas estuve, tragando lo que el viento me iba dejando en la boca, pese a que la tenía cerrada. Había que hacerlo. Para que la policía no me encontrara. Para poder llegar al interior de la mina. Fui jinete también, no ese que anda sin cabeza, un jinete normal, común y corriente, intentando pasar desapercibido. Vendedor ambulante fui, por qué no, una idea fantástica para tener una excusa para acercarme.

Los disfraces eran lo mío. Me los cosía yo misma, con estas manos, utilizando ropas que encontraba por ahí, telas, las mezclaba, combinada y armaba unos trajes característicos. El de vendedor ambulante por ejemplo, era un chaleco de color café, y abajo podía ir cualquier camisa, y el pantalón tenía que ser suelto, nada ajustado al cuerpo o que pudiera dejar ver alguna curva.

Era necesario esconderse. Porque una vez que me agarraron las cosas se pusieron complicadas. Me acusaron de tener dinamita y de haber asaltado un barco de la Compañía Carbonífera de Lota, que llamaban el “San Luis”.

8

Su cara era como la imagen del “hombre que ríe” de Víctor Hugo, igual que un rostro secreto que se burlaba de mí, en las verdades ocultas de su cuerpo. El amor es la segunda mentira más grande, después de la creencia en Dios.

Así me fui haciendo cada vez más discreta. No estoy hecha para la cima, prefiero sumergirme entre las profundidades.

Mis huellas en la arena

Otra vuelta me tuve que esconder en la arena, horas estuve, tragando lo que el viento me iba dejando en la boca, pese a que la tenía cerrada. Había que hacerlo. Para que la policía no me encontrara. Para poder llegar al interior de la mina. Fui jinete también, no ese que anda sin cabeza, un jinete normal, común y corriente, intentando pasar desapercibido. Vendedor ambulante fui, por qué no, una idea fantástica para tener una excusa para acercarme.

Los disfraces eran lo mío. Me los cosía yo misma, con estas manos, utilizando ropas que encontraba por ahí, telas, las mezclaba, combinada y armaba unos trajes característicos. El de vendedor ambulante por ejemplo, era un chaleco de color café, y abajo podía ir cualquier camisa, y el pantalón tenía que ser suelto, nada ajustado al cuerpo o que pudiera dejar ver alguna curva.

Era necesario esconderse. Porque una vez que me agarraron las cosas se pusieron complicadas. Me acusaron de tener dinamita y de haber asaltado un barco de la Compañía Carbonífera de Lota, que llamaban el “San Luis”.

8

Delfina tenía ideas fugaces, que se volvían realidades eternas. Una vez, por ejemplo, en plena huelga del carbón, ella me agarró del brazo y me llevó hasta las vías del tren. Al principio no entendía nada, pero cuando se arrodilló, empezó a arremangarse y terminó acostada sobre los rieles, entendí todo. Me acosté a su lado. Así evitamos la represión, porque el tren repleto de policías que venía desde Santiago, se tuvo que detener. Pero nadie cuenta esas historias, o da la impresión de que no les importaran. ¿Dónde quedó sino? ¿Se enseña en los textos escolares? ¿Está en las revistas de moda? ¿Acaso aparece Delfina posando en una fotografía? No. Materia muerta, sin movimiento. Lo dan por olvidado. Yo no. Tengo el recuerdo vivo, de mirar hacia arriba y saberme recostada en una vía, ante la posibilidad de ser reventada en mil partes. ¿Tuve miedo? Sí y no. No porque ella estaba a mi lado.

En ese mismo tren después, quisieron expulsarnos. Dijeron que éramos agitadoras, que veníamos a revolverla y que a toda costa, tenían que dejarnos aisladas, lejos. Pero los mismos trabajadores evitaron que nos subieran al tren. Había mujeres también, muchas. Las recuerdo por sus pañuelos y el modo en el que zarandeaban a los ratis de un lado al otro para que no nos llevaran. Pero nos llevaron igual, para ellos éramos una bomba. Y lo éramos.

Cuando pienso en esas cosas me da risa, una sensación cálida me abraza y me siento viva. Nadie duerme en las vías del tren porque sí, había que tener un motivo y nosotras lo teníamos, claro, clarísimo. Sabíamos qué queríamos y cómo.

5

Delfina tenía ideas fugaces, que se volvían realidades eternas. Una vez, por ejemplo, en plena huelga del carbón, ella me agarró del brazo y me llevó hasta las vías del tren. Al principio no entendía nada, pero cuando se arrodilló, empezó a arremangarse y terminó acostada sobre los rieles, entendí todo. Me acosté a su lado. Así evitamos la represión, porque el tren repleto de policías que venía desde Santiago, se tuvo que detener. Pero nadie cuenta esas historias, o da la impresión de que no les importaran. ¿Dónde quedó sino? ¿Se enseña en los textos escolares? ¿Está en las revistas de moda? ¿Acaso aparece Delfina posando en una fotografía? No. Materia muerta, sin movimiento. Lo dan por olvidado. Yo no. Tengo el recuerdo vivo, de mirar hacia arriba y saberme recostada en una vía, ante la posibilidad de ser reventada en mil partes. ¿Tuve miedo? Sí y no. No porque ella estaba a mi lado.

En ese mismo tren después, quisieron expulsarnos. Dijeron que éramos agitadoras, que veníamos a revolverla y que a toda costa, tenían que dejarnos aisladas, lejos. Pero los mismos trabajadores evitaron que nos subieran al tren. Había mujeres también, muchas. Las recuerdo por sus pañuelos y el modo en el que zarandeaban a los ratis de un lado al otro para que no nos llevaran. Pero nos llevaron igual, para ellos éramos una bomba. Y lo éramos.

Cuando pienso en esas cosas me da risa, una sensación cálida me abraza y me siento viva. Nadie duerme en las vías del tren porque sí, había que tener un motivo y nosotras lo teníamos, claro, clarísimo. Sabíamos qué queríamos y cómo.

5

La gran ruptura

Sucede como un dique, como una represa que se rompe ante la fuerza inevitable del agua. Es igual, con una, dos o tres variantes. Mi marido era militante, transitó desde el nacido Partido Obrero Socialista (POS) hasta el desarrollo del Partido Comunista (PC) con sus tretas. Lo cierto es que tenían mañas de entrada, como un bebé que ha sido tomado demasiado tiempo en brazos. Yo me separé de él por violencia de género, tuve que hacer la denuncia en la comisaría más cercana. Pucha que me ardió el culo al tener que contarle a un paco mis problemas y llorar frente a él, como si ese Sargento desagradable pudiera resolverme algo. "Sargento de mierda", solo pensaba mi mente. Pero tenía que hacerlo. Denunciar. Es una necesidad histórica de las mujeres. Él me sometió a diferentes tormentos. Seguramente lo peor que me hizo fue pegarme con una pala. Eran así, los compañeros. Tremendamente revolucionarios frente al auditorio, violentos y ordinarios en la casa, con la señora. Lo peor es el encubrimiento. Yo hablaba, le decía a sus dirigentes, a sus superiores al interior del partido y nadie me contestaba. En una oportunidad, me mandaron a hablar con una dirigente que era famosa por sus encubrimientos. Me asilaron. Empezaron a decir calumnias sobre mí. Dijeron que era policía. Policía. Traidora. Me acusaron de traidora. Oí esa palabra como mil veces. Perniciosa. Despechada.

Hay una escena pedófila en la obra de Kafka. La gente nunca habla de eso, pero yo la noté cuando lo leía. De la misma manera me pasaba que, la gente no parecía notar

6

La gran ruptura

Sucede como un dique, como una represa que se rompe ante la fuerza inevitable del agua. Es igual, con una, dos o tres variantes. Mi marido era militante, transitó desde el nacido Partido Obrero Socialista (POS) hasta el desarrollo del Partido Comunista (PC) con sus tretas. Lo cierto es que tenían mañas de entrada, como un bebé que ha sido tomado demasiado tiempo en brazos. Yo me separé de él por violencia de género, tuve que hacer la denuncia en la comisaría más cercana. Pucha que me ardió el culo al tener que contarle a un paco mis problemas y llorar frente a él, como si ese Sargento desagradable pudiera resolverme algo. "Sargento de mierda", solo pensaba mi mente. Pero tenía que hacerlo. Denunciar. Es una necesidad histórica de las mujeres. Él me sometió a diferentes tormentos. Seguramente lo peor que me hizo fue pegarme con una pala. Eran así, los compañeros. Tremendamente revolucionarios frente al auditorio, violentos y ordinarios en la casa, con la señora. Lo peor es el encubrimiento. Yo hablaba, le decía a sus dirigentes, a sus superiores al interior del partido y nadie me contestaba. En una oportunidad, me mandaron a hablar con una dirigente que era famosa por sus encubrimientos. Me asilaron. Empezaron a decir calumnias sobre mí. Dijeron que era policía. Policía. Traidora. Me acusaron de traidora. Oí esa palabra como mil veces. Perniciosa. Despechada.

Hay una escena pedófila en la obra de Kafka. La gente nunca habla de eso, pero yo la noté cuando lo leía. De la misma manera me pasaba que, la gente no parecía notar

6

que ellos actuaban de una manera nefasta, estaba escondido, era un secreto para las subjetividades, incluso aquellas que se veían, aparentemente, más adelantadas. ¿Por qué quién esta atrás y quién está adelante ya a esta altura?

Los cuestionaba y eso era imperdonable para ellos. Hubo un intento de mediación que terminó frustrado y adelante el juicio. Es que tuvimos una hija en común, el sol, ella me enseñó lo que es el patriarcado. Tenía tres o cuatro años y ya era capaz de diferenciar la opresión cuando la veía. Nació con algo, una capacidad para criticar, para ponerse siempre del lado de quien la necesita verdaderamente. Tal vez creyeron que por ser mamá, tenían que relegarme a la cocina. No me veían en el frente de la batalla, no creían que yo pudiera brillar, para ellos era una pieza más del sucio carbón, podían arrojarme al fuego y nada más. Pero estaban equivocados. "La mujer en la hora presente, señor, ha dado un paso grandioso hacia la emancipación".

Corrían por entonces los años '20, la gente tenía un pensamiento tosco con respecto a casi todas las cosas. Hasta yo sentía que al denunciarlo, estaba cometiendo un crimen. Soñé, por ejemplo, que había sangre por el suelo, las paredes, el lavador de manos de la casa, y que yo no quería, trataba de alejarme, salía, pero la sangre me manchaba las manos. Aún puedo recordar clarito, el aspecto de mis manos ensangrentadas, bajo el pensamiento de que yo no había sido la asesina, la culpable. Y claro que no, que el culpable era él. Mira que pegarme con una pala. Cuando lo veía me dolían las menudencias.

7

que ellos actuaban de una manera nefasta, estaba escondido, era un secreto para las subjetividades, incluso aquellas que se veían, aparentemente, más adelantadas. ¿Por qué quién esta atrás y quién está adelante ya a esta altura?

Los cuestionaba y eso era imperdonable para ellos. Hubo un intento de mediación que terminó frustrado y adelante el juicio. Es que tuvimos una hija en común, el sol, ella me enseñó lo que es el patriarcado. Tenía tres o cuatro años y ya era capaz de diferenciar la opresión cuando la veía. Nació con algo, una capacidad para criticar, para ponerse siempre del lado de quien la necesita verdaderamente. Tal vez creyeron que por ser mamá, tenían que relegarme a la cocina. No me veían en el frente de la batalla, no creían que yo pudiera brillar, para ellos era una pieza más del sucio carbón, podían arrojarme al fuego y nada más. Pero estaban equivocados. "La mujer en la hora presente, señor, ha dado un paso grandioso hacia la emancipación".

Corrían por entonces los años '20, la gente tenía un pensamiento tosco con respecto a casi todas las cosas. Hasta yo sentía que al denunciarlo, estaba cometiendo un crimen. Soñé, por ejemplo, que había sangre por el suelo, las paredes, el lavador de manos de la casa, y que yo no quería, trataba de alejarme, salía, pero la sangre me manchaba las manos. Aún puedo recordar clarito, el aspecto de mis manos ensangrentadas, bajo el pensamiento de que yo no había sido la asesina, la culpable. Y claro que no, que el culpable era él. Mira que pegarme con una pala. Cuando lo veía me dolían las menudencias.

7